

La administración tenía difíciles deberes que cumplir. La lucha había sido acompañada de todos los azotes que van en pos de la anarquía y de las malas pasiones. El país estaba agotado y cansado. Era preciso proveer á las necesidades del gobierno, y al restablecimiento del orden y la seguridad. Los créditos extranjeros eran numerosos y las rentas insuficientes, y por lo tanto el Congreso creyó que debía decretar por dos años la suspensión de todos los pagos; la suspensión existía de hecho desde hacía algún tiempo. Pero entonces, aquel decreto lamentable, que no tardó en ser promulgado, pareció casi una ofensa á los Sres. de Saligny y Wyke, y de allí vino la ruptura de las relaciones diplomáticas de las legaciones de Francia é Inglaterra con el gobierno mexicano. Como consecuencia inmediata, se formó un acuerdo entre Francia, Inglaterra y España para el envío de las fuerzas aliadas, con el objeto de apoyar en México las reclamaciones de sus nacionales, y se firmó un tratado en Londres para este efecto, por el cual las tres partes contratantes se comprometían especialmente "á no ejercer en los asuntos interiores de México ninguna influencia de naturaleza tal que atentara contra el derecho de la nación para escoger y constituir la

en francés, y país, *Mexique*, pero la traducción es la misma.—N. del T.

forma de su gobierno. (Palabras de Su Exce-lencia el Sr. Ministro Billault.)

La reparación de los daños materiales de los súbditos de Vuestra Majestad era, pues, el punto importante y especial. Pero al perseguirla, la Francia, fiel á sus simpatías generosas, no se privaba de usar para bien de México el ascendiente que le daban sus luces y su civilización. México tenía confianza en la lealtad y en las intenciones del gobierno imperial, y los franceses *solos* hubiesen obtenido llegar á México sin disparar un tiro. Mas las ideas de los mexicanos se modificaron cuando se supo que, protegido por la bandera francesa, el general Almonte marchaba en medio de nuestros soldados. Este general se había mostrado adversario del gobierno actual, y por consiguiente había sido destituido de sus funciones de Ministro en París, y llamado para dar cuenta de su conducta. Volvía al suelo de México, ¿y en qué calidad si no en la de un emigrado que llegaba á intentar una nueva revolución? La guerra civil, que durante tres años había desolado el país, parecía á punto de renacer de sus cenizas. La desconfianza se despertó en la nación, y, con las sospechas y el temor, el espíritu de resistencia en un pueblo que poco antes estaba dispuesto á recibir á los franceses como amigos. Así, un solo día había comprometido el presente y preparado peligros para el porvenir.

Yo no tengo ningún sentimiento hostil contra el general Almonte; le conozco desde hace veinticinco años. Pero creo firmemente que sería peligroso considerarle como un auxiliar útil, y hoy que la sangre de sus compatriotas ha corrido desgraciadamente al lado de la de los bravos soldados de Francia, no tiene ninguna probabilidad de llegar, por los votos de sus conciudadanos, á la presidencia. No puede ser más que impuesto á la nación, con la perspectiva de ser derribado al primer pronunciamiento.

Cualesquiera que sean las dificultades de la situación, los soldados franceses podrán llegar á México. Supongamos que, para prevenir la efusión de sangre y los peligros de una resistencia que no podría ser larga, el Presidente Juárez y su gobierno se retiren á cuarenta ó cincuenta leguas en el interior, ¿qué harán los generales franceses encargados de obrar en nombre del gobierno del emperador? ¿Se dirigirán á un partido para investirlo con el poder? ¿Harán un llamamiento á la nación, para que, del sufragio Universal, casi imposible en México, salga la elección de un presidente? En el primer caso, el partido investido del poder tendría un adversario temible en el gobierno de Juárez que, aun estando fuera de México, sería reconocido y sostenido como legal por la mayor parte de los Estados; en el segundo caso, varios candidatos, el general Al-

monte, el general Santa Anna y el general Miramón pueden surgir y disputarse los sufragios de una manera tal que ninguno de ellos obtendría la mayoría legal. Admito por un momento que uno de ellos sea nombrado Presidente. Habría entonces dos Presidentes en México que se dividirían los Estados; y en este caso, ¿la Francia no estaría obligada á tener en México fuerzas considerables para mantener en la magistratura suprema al candidato que hubiese llegado bajo su protección? Sería entonces un ejército de 25 á 30 mil hombres el que Francia tendría que mantener á dos mil leguas de la metrópoli, y de allí resultarían necesariamente consecuencias financieras y políticas de tal importancia, que me basta indicirlas sin desarrollarlas.

Se ha atribuído al gobierno francés la intención de apoyar á un príncipe extranjero en México. Esta suposición, no lo dudo, es gratuita. Para que esta combinación tuviese probabilidades de éxito, sería preciso la reunión de circunstancias muy especiales y, hoy, con la disposición en que se hallan los ánimos, y en consideración á los progresos que han hecho desde hace treinta años en la nación las ideas de libertad y de igualdad, es casi imposible que se realice. Bajo la presión de los acontecimientos, el gobierno mexicano ha podido ser arrastrado á hacer declaraciones ó á tomar medidas lamentables. Sin embargo, la

vía de las negociaciones conciliadoras queda siempre abierta. El Presidente Juárez conserva el vivo deseo de hacer justicia, *sobre todo* á las reclamaciones de Francia y de evitar la guerra con ella. Manifiesta estos sentimientos en varias cartas que me ha dirigido. Tan recientemente que el 28 de abril último, "Su Excelencia me expresa en un despacho de México su sincero deseo de que las informaciones enviadas á Europa por los ministros plenipotenciarios hayan continuado modificando las resoluciones del gabinete de las Tullerías."

Permítame Vuestra Majestad, para terminar, traer á la memoria un recuerdo histórico reciente. En 1846 los americanos hicieron á México una expedición que encontró serias resistencias y que fué señalada por varias victorias importantes. Y sin embargo, el general Scott, después de haber penetrado á México y de haberlo ocupado más de un año, creyó de su deber instar á su gobierno para que retirase el ejército, porque, decía, se necesitarían 100,000 hombres para ocupar enteramente el país, si se deseaba conservarlo algún tiempo. Esta expedición fué de corta duración, dos años apenas, y sin embargo, á pesar de las ventajas de su posición geográfica, el gobierno de Washington se vió obligado á enviar á México 50,000 hombres, de los cuales cerca de la mitad sucumbió, y esta guerra, por victoriosa

que fuere, le costó de cuatrocientos á quinientos millones de francos.

Tengo el honor de ser, Sire, etc.

Firmado: *Montluc*,

Caballero de la Legión de honor, Cónsul General de México.

RESPUESTA DEL SR. MINISTRO BILLAULT

París, 7 de julio de 1862.

Señor:

Os pido perdón por no haber contestado más antes el despacho confidencial que me habéis hecho el honor de escribirme el 19 de junio último; en este estado de cosas, no puedo más que daros las gracias por las leales intenciones que expresáis.

No he perdido el recuerdo de vuestro suceso, el Sr. Méaulle; es un recuerdo de estimación y de afecto.

Recibid, señor, la seguridad de mis sentimientos distinguidos.

Firmado: *Billault*,

GABINETE DEL EMPERADOR

Palacio de las Tullerías, 10 de julio de 1862.

Señor Cónsul General:

Ha faltado tiempo al Emperador para que Su Majestad haya podido concederos una au-

diencia en Fontainebleau, y me encarga que tenga el honor de expresar todos sus sentimientos. El memorial que le habéis dirigido será, por lo demás, presentado tan pronto como llegue á Vichy.

Aceptad, señor Cónsul General, la seguridad de mis sentimientos más distinguidos.

Por el secretario del Emperador, Jefe del Gabinete, y por autorización

El subjefe, firmado: *Sacaley*.

MONTLUC AL PRESIDENTE JUÁREZ

París, 14 de julio de 1862.

Señor Presidente:

El eminente representante de Su Excelencia en esta corte tuvo que retirarse, y quedando yo solo como único agente de la República Mexicana en París, por ahora, no he podido ver con indiferencia correr la sangre mexicana al mismo tiempo que la que corre por mis venas, y que puede correr aún á consecuencia de las informaciones erróneas y exageradas dirigidas al gobierno de Su Majestad el Emperador Napoleón, y he creído que debía tomar una parte más activa de la que me exigen mis funciones de Cónsul General! Con este objeto, vengo á dar cuenta á Su Excelencia de lo que he hecho para evitar, si es po-

sible, mayores desgracias entre los dos países. En mi última nota del 20 de junio, tuve el honor de enviar á Su Excelencia y al Sr. Ministro Doblado, las copias de la nota explicativa que dirigí al ministro de Estado, Sr. Billault, con fecha del 19 de junio último, para darla á conocer á Su Majestad imperial.

Como lo he dicho á Su Excelencia, y como lo habrá visto por los discursos impresos en el *Monitor*, el Sr. Billault, dejándose llevar por los malos informes recibidos en los ministerios y en la corte, ha contestado al Sr. Julio Favre con algunas palabras amargas contra el gobierno de Su Excelencia, protestando contra la idea que se atribuía al Emperador de influir en la forma del gobierno de México. Este Consulado General no había recibido aún respuesta del Sr. Ministro Billault, lo que no me asombró, después de la lectura de su discurso, cuando el 1º del corriente, el Sr. Hersant, antiguo cónsul de Francia en Tampico en 1832, vino á volverme una visita, y me advirtió que al día siguiente debía recibir una audiencia del Emperador; yo le dí algunas noticias, leyéndole mi nota del 19 de junio, que aprobó vivamente, y autorizándole para que se informase si Su Majestad había tenido conocimiento de ella, lo que en efecto hizo M. Hersant. El me escribió en seguida estas cuatro líneas: "Cuando se anunció al Ministro "del interior, me fué forzoso ceder el lugar;

“sin embargo, mencioné vuestro memorial, del que Su Majestad no ha tenido conocimiento. Pareció sorprenderse de esto. El Emperador me preguntó vuestro nombre y vuestra calidad, y no me sorprendería que fuérais llamado al tocaros en turno.”

En aquel momento, casi herido personalmente por ver que se habían propuesto de antemano dejar que Su Majestad ignorase el verdadero estado de las cosas en México, y que había una resolución casi decisiva de no tratar con el gobierno de Su Excelencia, dirigí, exponiéndome á toda eventualidad, el día siguiente, 3 del corriente, mi primera nota al Emperador, pidiendo respetuosamente una audiencia, para que Su Majestad se dignase honrarme con algunas preguntas sobre los hombres y los acontecimientos políticos de México..... pero, informado de que era demasiado tarde, debiendo partir el Emperador al día siguiente para Burges y los baños de Vichy, sin pérdida de tiempo, redacté otra nota, bajo el número 2, en términos distintos, pero dirigida á Su Majestad, á Fontainebleau, con fecha del 5, y que, bajo el número 3, remití al Sr. Mocquart, secretario del Emperador.

Desesperaba del éxito de mis esfuerzos, cuando, el mismo día de la partida de Sus Majestades, con fecha del 7, recibí de Su Excelencia el Sr. Billault la respuesta que lleva

el número 4 “excusándose de haber tardado “en contestarme, y, por ahora, no pudiendo “más que darme las gracias por mis leales intenciones,” y, en fin, el 10, recibí la respuesta del secretario de Su Majestad (n.º 5)... De todo esto remito á vd. copia, para que pueda tener conocimiento de ello.

Este Consulado esperaba recibir, por el último vapor, alguna nota del Ministerio de Relaciones exteriores; no ha recibido más que paquetes de periódicos, de los cuales ha hecho uso en seguida; además, esto me ha permitido preguntar á Vd. si, en estas graves circunstancias, una carta autógrafa de Su Excelencia, carta explicativa y que manifestase las verdaderas disposiciones del gobierno supremo, con encargo de comunicarla al Emperador, no produciría, como lo creo, un efecto muy conveniente. Y ahora, estoy cierto que mi doble calidad de antiguo cónsul y representante de México me haría que fuese bien recibido por Su Majestad, aun debiendo valerme del conocimiento personal que tengo de algunos ministros y altos personajes.

Pudiendo llegarme esa nota hacia fines de septiembre, podría evitar grandes desgracias y llevar nuevas instrucciones del Emperador á su general en jefe, antes de que se haya aproximado á esa capital; lo que no puede suceder antes de principios de noviembre. Por la vía de los Estados Unidos, se me podría

enviar copia de esa nota, y sería de gran importancia apresurarse lo más posible.

Con esta esperanza, tengo el honor de renovar á Vd. la seguridad de mi consideración más distinguida.

Montluc.

DE M. HERSANT Á M. DE MONTLUC

Vichy, 25 de julio de 1862

Mi querido Montluc:

Desde mi llegada á Vichy, he hecho lo necesario para ser notado y por consiguiente, para que se me llame á la villa imperial. Hasta he escrito á M. Mocquart; pero hasta ahora no he tenido éxito. Me consuelo en parte, porque *nosotros*, los que deseamos evitar muchas desgracias y á quienes no anima sino un desinteresado patriotismo, tenemos por auxiliar á uno de mis antiguos y buenos amigos, M. Adolfo Barrot (1), que en este momento se encuentra en Vichy. Le veo á menudo, y sé por él que sostenía con fuego y con vigor la causa que defendemos. Ojalá y tuviéramos éxito y entonces impediríamos la horrible catástrofe que para nuestro país significaría el perseverar en la vía en que nos hemos lanzado imprudentemente merced á las mentirosas excitaciones de D. de S. (2) y consortes.

(1) Hermano de Odilón Barrot.

(2) Dubois de Saligny.

Y Vd., mi querido Montluc, ¿ha sabido algo por su parte, respecto de sus comunicaciones, tan concienzuda y tan lealmente hechas? Me temo que no, porque ni Vd. ni yo nos encontramos en el círculo que rodea al Emperador y que impide que la luz se haga para él. Desgraciadamente, Su Majestad sufre la suerte de todos los soberanos que no pueden, no obstante sus esfuerzos, llegar á conocer la verdad, sino cuando ya es muy tarde. Por mi parte, devoto como lo soy á la causa napoleónica, que para mí es una religión, un culto, me desespero, y mi impotencia para servir al Emperador constituye mi tormento. ¡Dios salve á la Francia y á mi ídolo!

Adiós, querido señor: presente Vd. mis respetos á su esposa y acaricie á sus hijos. Le estrecho afectuosamente la mano.

Suyo,

Hersant.

IV

El general Forey

El Emperador no podía sufrir el fracaso de Puebla. Escogió para repararlo al general Forey, á quien envió á México con un refuerzo de 20,000 hombres.

Comenzando á sospechar que sus aliados clericales tenían poco prestigio en el país, le